

Iglesia^{en} Ciudad Rodrigo

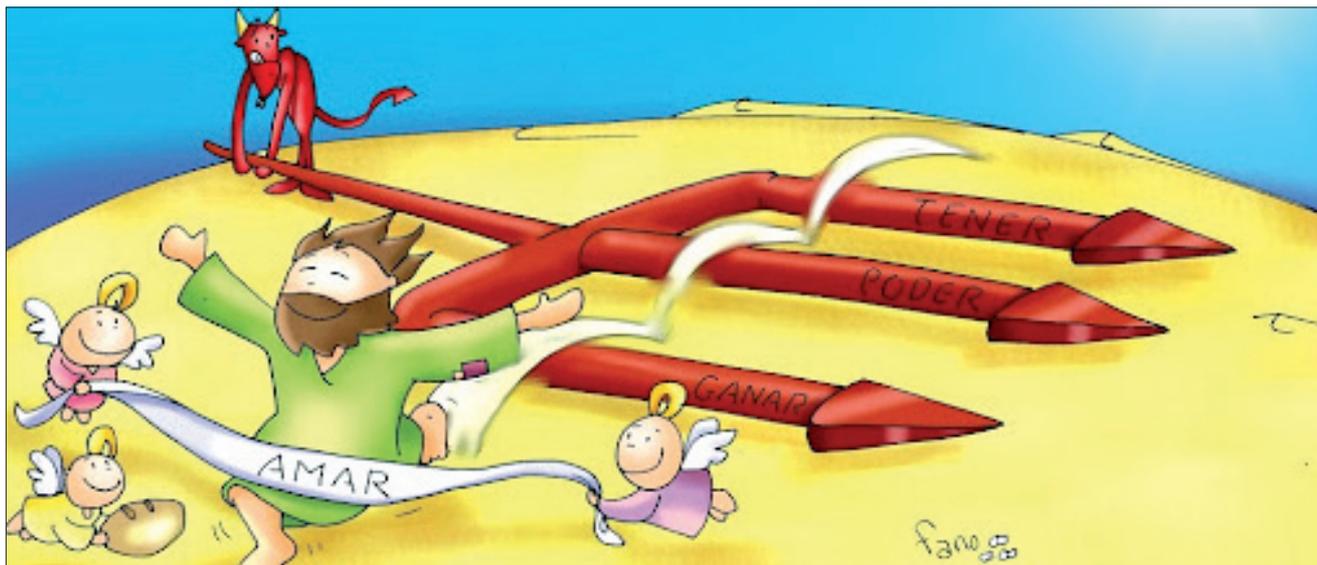
PUBLICACIÓN QUINCENAL DE LA DIÓCESIS DE CIUDAD RODRIGO

Nº 286

Del 26 de febrero al 10 de marzo de 2012

EDITA: DELEGACIÓN DIOCESANA DE MCS (e-mail: info@diocesisciudadrodrigo.org)

COMIENZA LA CUARESMA: CAMINO LIBERADOR HACIA LA PASCUA



Ya está aquí la Cuaresma ¡lo que nos faltaba! Después de la que está cayendo... Con tan malas noticias y perspectivas de futuro sólo nos faltaba que nos amargaran más la vida. ¡No! Una Cuaresma así entendida no es la Cuaresma cristiana. Este tiempo que se nos abre es periodo de gracia, oportunidad de encontrar la verdadera alegría, regalo que se nos hace para hacernos más libres. Nos ponemos en camino hacia la vida. Tiempo serio, importante, pero alegre. La Cuaresma nos invita a reflexionar sobre nuestra vida de fe, para reafirmarnos en la esperanza, para encontrar de nuevo razones para el amor.

(Mensaje íntegro del Papa para la Cuaresma 2012 en pág. 3, 4 y 5)

Curso de Gerocultura en Cáritas



Se desarrollará entre el 5 de marzo y el 11 de mayo. Tendrá una duración de 200 horas, de las cuales 140 serán teóricas y 60 prácticas. Participarán un grupo 12 personas desempleadas. Este curso comenzará con el desarrollo de unas jornadas de sensibilización y reflexión sobre el empleo en

la Comarca de Ciudad Rodrigo, que tendrá lugar en el Salón de Cáritas Diocesana de Ciudad Rodrigo, del lunes 5 al viernes 9 de marzo en horario de 18:00 a 21:00 horas. Estas jornadas estarán abiertas al público en general y se pretende reflexionar sobre temas como las perspectivas de futuro de la Comarca, alternativas solidarias, la crisis de valores, colectivos en exclusión, la soberanía alimentaria, los servicios de proximidad, etc.

El curso de Gerocultura podrá realizarse gracias a la aportación del Obispado de Ciudad Rodrigo con motivo del 850 Aniversario.

Villagarcía 2012 cerrará un ciclo de tres años dedicados a la caridad

Del 27 al 29 de febrero tendrá lugar el XXXI Encuentro de Arciprestes de la Iglesia en Castilla en Villagarcía de Campos (Valladolid). De nuevo los obispos, vicarios, arciprestes y también delegados y directores de Cáritas de las nueve diócesis reflexionarán juntos sobre "La caridad en la vida y misión de la Iglesia". Con este Encuentro se pone fin a un ciclo de tres años sobre este tema. El presente se centra en la vocación al amor en cada uno de los sujetos llamados a vivir la caridad: la caridad política de los laicos, la caridad pastoral de los sacerdotes, la caridad consumada de los religiosos y la organización de la caridad en las comunidades cristianas.

Cuaresma 2012

De nuevo, el Señor de la Historia nos regala un tiempo de Cuaresma. La historia de la Cuaresma se remonta al s.II en el que, previo a la Pascua, se celebraban algunos días de ayuno. Posteriormente, en Roma, se establece una semana y, más tarde, se alarga hasta las tres semanas. Finalmente, a ejemplo de Jesús en el desierto, se fijan los 40 días. El número cuarenta simboliza en la Biblia nuestra condición de “peregrinos y mortales”. Actualmente, son 46 días desde Miércoles de Ceniza hasta Sábado Santo.

Si nos adentramos en la teología de fondo, la Cuaresma se puede considerar como un “sacramento del tiempo” o “un tiempo santo”. Es tiempo de conversión (de Metanoia dirá el Evangelio), es decir, de cambiar el camino errado, de revolución interior, de un giro de 180 grados.

En este tiempo, toda la Iglesia se siente llamada a intensificar “la escucha” en tres dimensiones o direcciones: mediante la oración, escucha de Dios y de su Palabra; por el ayuno, escucha de lo mejor de uno mismo; y ejerciendo limosna, escucha de los demás, especialmente de los más necesitados. La Cuaresma es también tiempo intenso de preparación para los neocatecúmenos (los que se preparan para el Bautismo) y para los “penitentes” o arrepentidos de sus pecados.

Los Evangelios del Domingo, especialmente los del Ciclo A, subrayan el protagonismo de Cristo en la Cuaresma: éste se retira al desierto para orar y vencer al dia-

blo; se transfigura en la montaña como símbolo de lo que es y será; se encuentra con la Samaritana para darla sentido existencial y salvarla; cura al ciego de nacimiento, para iluminarle como luz que es; y, finalmente, resucita a Lázaro, dándole vida porque Él mismo es la Vida.). Estos cinco Evangelios, a su vez, adelantan “la condición gloriosa” de Cristo: Es el nuevo Adán que vence al diablo en el desierto; Es el Hijo amado y predilecto (transfiguración); es fuente de agua viva (samaritana); es la luz del mundo (ciego); es la resurrección y la vida (Lázaro).

En la Liturgia de las Horas, se presenta la Cuaresma como un Éxodo espiritual (un camino) hacia Dios.

La Iglesia, durante la Cuaresma, se reconoce como peregrina hacia la Jerusalén celeste y la necesidad de conversión en sus hijos y de renovación en sus estructuras. También la Iglesia se siente misionera y evangelizadora en el sentido de que no es para ella misma sino para la humanidad como sacramento universal de salvación.

Finalmente, la Iglesia durante la Cuaresma se contempla renovada y renacida en sus hijos neocatecúmenos y servidora y solidaria de los más necesitados en tiempos de crisis.

Hago una llamada a vivir la Cuaresma con intensidad y autenticidad, dejándonos trabajar por el Espíritu Santo. Ojalá redescubramos el sacramento de la Penitencia y Reconciliación, sin miedos y sin complejos, para experimentar el Amor de Dios.



RAÚL BERZOSA
MARTÍNEZ
OBISPO DE LA DIÓCESIS
DE CIUDAD RODRIGO

“Es tiempo de conversión (de Metanoia dirá el Evangelio), es decir, de cambiar el camino errado, de revolución interior”

PRIMER DOMINGO

CUARESMA

26 DE FEBRERO

Gn 2,7-9; 3,1-7; Rm.5,12-19; Mt 4,1 -11

Comienza la Cuaresma, el tiempo que la Iglesia dedica a la penitencia y a la limosna. A lo largo de estas cinco semanas que preceden al Domingo de Ramos se nos invita con insistencia a que consideremos nuestras faltas y pecados para que hagamos penitencia por haber ofendido al Señor, nosotros que somos la nada, a Él que es el todo. Hacer penitencia, mortificar nuestros sentidos para expiar, junto con Él en la cruz, las muchas veces que le olvidamos, traicionando su grande y profundo amor.

La tentación es una realidad en la vida humana: Israel en el desierto sufrió la tentación y la sufrimos nosotros también. El mismo Cristo fue tentado. Las tentaciones de ayer y de hoy son fundamentalmente las mismas. Lo que cambia es la forma de presentación y el lugar. La primera tentación de ambicionar, de poseer, de amontonar es la tentación del materialismo que atenaza y esclaviza. Es creerse saciado con los valores de aquí abajo rechazando el espíritu o negando todo espacio posible a la Palabra de Dios.

La segunda tentación: es la esclavitud a las apariencias y a la ostentación. El orgullo humano y la autosuficiencia pervierten el corazón humano. La tercera tentación es crear dioses a nuestra medida y rendirles culto. Interesa la fama, el honor, la adulación, etc. No importan los medios para conseguirlo, incluso con la injusticia y la mentira. Jesús experimenta las tentaciones y las supera. En la Palabra de Dios encuentra la fuerza y respuesta para vencerlas.

“Fijémonos los unos en los otros para estímulo de la caridad y las buenas obras”

La Cuaresma nos ofrece una vez más la oportunidad de reflexionar sobre el corazón de la vida cristiana: la caridad. En efecto, este es un tiempo propicio para que, con la ayuda de la Palabra de Dios y de los Sacramentos, renovemos nuestro camino de fe, tanto personal como comunitario. Se trata de un itinerario marcado por la oración y el compartir, por el silencio y el ayuno, en espera de vivir la alegría pascual.

Este año deseo proponer algunas reflexiones a la luz de un breve texto bíblico tomado de la Carta a los Hebreos: «Fijémonos los unos en los otros para estímulo de la caridad y las buenas obras» (10,24). Esta frase forma parte de una perícopa en la que el escritor sagrado exhorta a confiar en Jesucristo como sumo sacerdote, que nos obtuvo el perdón y el acceso a Dios. El fruto de acoger a Cristo es una vida que se despliega según las tres virtudes teologales: se trata de acercarse al Señor «con corazón sincero y llenos de fe» (v. 22), de mantenernos firmes «en la esperanza que profesamos» (v. 23), con una atención constante para realizar junto con los hermanos «la caridad y las buenas obras» (v. 24). Asimismo, se afirma que para sostener esta conducta evangélica es importante participar en los encuentros litúrgicos y de oración de la comunidad, mirando a la meta escatológica: la comunión plena en Dios (v. 25). Me detengo en el versículo 24, que, en pocas palabras, ofrece una enseñanza valiosa y siempre actual sobre tres aspectos de la vida cristiana: la atención al otro, la reciprocidad y la santidad personal.

1. "FIJÉMONOS": LA RESPONSABILIDAD PARA CON EL HERMANO.

El primer elemento es la invitación a «fijarse»: el verbo griego usado es *katanoein*, que significa observar bien, estar atentos, mirar conscientemente, darse cuenta de una realidad. Lo encontramos en el Evangelio, cuando Jesús invita a los discípulos a «fijarse» en los pájaros del cielo, que no se afanan y son objeto de la solícita y atenta providencia divina (cf. Lc 12,24), y a «reparar» en la viga que hay en nuestro propio ojo antes de mirar la brizna en el ojo del hermano (cf. Lc 6,41). Lo encontramos también en otro pasaje de la misma Carta a los Hebreos, como invitación a «fijarse en Jesús» (cf. 3,1), el Apóstol y Sumo Sacerdote de nuestra fe. Por tanto, el verbo que abre nuestra exhortación invita a fijar la mirada en el otro, ante todo en Jesús, y a estar atentos los unos a los otros, a no mostrarse ajenos, indiferentes a la suerte de los hermanos. Sin embargo, con frecuencia prevalece la actitud contraria: la indiferencia o el desinterés, que nacen del egoísmo, encubierto bajo la apariencia del respeto por la «esfera privada». También hoy resuena con fuerza la voz del Señor que nos llama a cada uno de nosotros a hacernos cargo del otro. Hoy Dios nos sigue pidiendo que seamos «guardianes» de nuestros hermanos (cf. Gn 4,9), que entablemos relaciones caracterizadas por el cuidado recíproco, por la atención al bien del otro y a todo su bien. El gran mandamiento del amor al prójimo exige y urge a

tomar conciencia de que tenemos una responsabilidad respecto a quien, como yo, es criatura e hijo de Dios: el hecho de ser hermanos en humanidad y, en muchos casos, también en la fe, debe llevarnos a ver en el otro a un verdadero alter ego, a quien el Señor ama infinitamente. Si cultivamos esta mirada de fraternidad, la solidaridad, la justicia, así como la misericordia y la compasión, brotarán naturalmente de nuestro corazón. El Siervo de Dios Pablo VI afirmaba que el mundo actual sufre especialmente de una falta de fraternidad: «El mundo está enfermo. Su mal está menos en la dilapidación de los recursos y en el acaparamiento por parte de algunos que en la falta de fraternidad entre los hombres y entre los pueblos» (Carta. Enc. *Populorum progressio* [26 de marzo de 1967], n. 66).



La atención al otro conlleva desear el bien para él o para ella en todos los aspectos: físico, moral y espiritual. La cultura contemporánea parece haber perdido el sentido del bien y del mal, por lo que es necesario reafirmar con fuerza que el bien existe y vence, porque Dios es «bueno y hace el bien» (Sal 119,68). El bien es lo que suscita, protege y promueve la vida, la fraternidad y la comunión. La responsabilidad para con el prójimo significa, por tanto, querer y hacer el bien del otro, deseando que también él se abra a la lógica del bien; interesarse por el hermano significa abrir los ojos a sus necesidades. La Sagrada Escritura nos pone en guardia ante el peligro de tener el corazón endurecido por una especie de «anestesia espiritual» que nos deja ciegos ante los sufrimientos de los demás. El evangelista Lucas refiere dos parábolas de Jesús, en las cuales se indican dos ejemplos de esta situación que puede crearse en el corazón del hombre. En la parábola del buen Samaritano, el sacerdote y el levita «dieron un rodeo», con indiferencia, delante del hombre al cual los saltadores habían despojado y dado una paliza (cf. Lc 10,30-32), y en la del rico Epulón, ese hombre saturado de bienes no se percató de la condición del pobre Lázaro, que muere de hambre delante de su puerta (cf. Lc 16,19). En ambos casos se trata de lo contrario de «fijarse», de mirar con amor y compasión. ¿Qué es lo que impide esta mirada humana y amorosa hacia el hermano? Con frecuencia son la riqueza material y la saciedad, pero también el anteponer los propios intereses y las propias preocupaciones a todo lo demás. Nunca debemos ser incapaces de «tener misericordia» para con quien sufre; nuestras cosas y nuestros problemas nunca deben absorber nuestro corazón hasta el punto de hacernos sordos al grito del pobre. En cambio, precisamente la humildad de corazón y la experiencia personal del sufrimiento pueden ser la fuente de un despertar interior a la compasión y a la empatía: «El justo reconoce los derechos del pobre, el malvado es incapaz de conocerlos» (Pr 29,7). Se comprende así la bienaventuranza de «los que lloran» (Mt 5,4), es decir, de quienes son capaces de salir de sí mismos para conmoverse por el dolor de los demás. El encuentro con el otro

(Continúa en página siguiente)

“Fijémonos los unos en los otros para estímulo de la caridad y las buenas obras”

(Viene de página anterior)

y el hecho de abrir el corazón a su necesidad son ocasión de salvación y de bienaventuranza.

El «fijarse» en el hermano comprende además la solicitud por su bien espiritual. Y aquí deseo recordar un aspecto de la vida cristiana que a mi parecer ha caído en el olvido: la corrección fraterna con vistas a la salvación eterna. Hoy somos generalmente muy sensibles al aspecto del cuidado y la caridad en relación al bien físico y material de los demás, pero callamos casi por completo respecto a la responsabilidad espiritual para con los hermanos. No era así en la Iglesia de los primeros tiempos y en las comunidades verdaderamente maduras en la fe, en las que las personas no sólo se interesaban por la salud corporal del hermano, sino también por la de su alma, por su destino último. En la Sagrada Escritura leemos: «Reprende al sabio y te amará. Da consejos al sabio y se hará más sabio todavía; enseña al justo y crecerá su doctrina» (Pr 9,8ss). Cristo mismo nos manda reprender al hermano que está cometiendo un pecado (cf. Mt 18,15). El verbo usado para definir la corrección fraterna -*elenchein*- es el mismo que indica la misión profética, propia de los cristianos, que denuncian una generación que se entrega al mal (cf. Ef 5,11). La tradición de la Iglesia enumera entre las obras de misericordia espiritual la de «corregir al que se equivoca». Es importante recuperar esta dimensión de la caridad cristiana. Frente al mal no hay que callar. Pienso aquí en la actitud de aquellos cristianos que, por respeto humano o por simple comodidad, se adecúan a la mentalidad común, en lugar de poner en guardia a sus hermanos acerca de los modos de pensar y de actuar que contradicen la verdad y no siguen el camino del bien. Sin embargo, lo que anima la reprensión

cristiana nunca es un espíritu de condena o recriminación; lo que la mueve es siempre el amor y la misericordia, y brota de la verdadera solicitud por el bien del hermano. El apóstol Pablo afirma: «Si alguno es sorprendido en alguna falta, vosotros, los espirituales, corregidle con espíritu de mansedumbre, y cuídate de ti mismo, pues también tú puedes ser tentado» (Ga 6,1). En nuestro mundo impregnado de individualismo, es necesario que se redescubra la importancia de la corrección fraterna, para caminar juntos hacia la santidad. Incluso «el justo cae siete veces» (Pr 24,16), dice la Escritura, y todos somos débiles y caemos (cf. 1 Jn 1,8). Por lo tanto, es un gran servicio ayudar y dejarse ayudar a leer con verdad dentro de uno mismo, para mejorar nuestra vida y caminar cada vez más rectamente por los caminos del Señor. Siempre es necesaria una mirada que ame y corrija, que conozca y reconozca, que discierna y perdo-

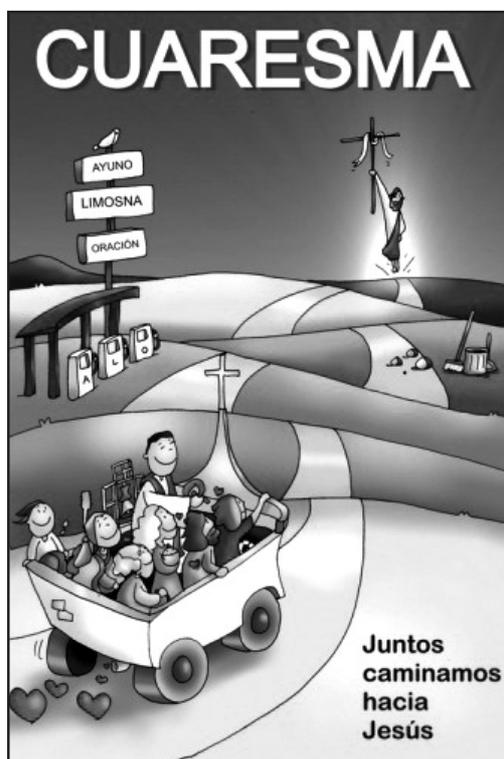
ne (cf. Lc 22,61), como ha hecho y hace Dios con cada uno de nosotros.

2. "LOS UNOS EN LOS OTROS": EL DON DE LA RECIPROCIDAD.

Este ser «guardianes» de los demás contrasta con una mentalidad que, al reducir la vida sólo a la dimensión terrena, no la considera en perspectiva escatológica y acepta cualquier decisión moral en nombre de la libertad individual. Una sociedad como la actual puede llegar a ser sorda, tanto ante los sufrimientos físicos, como ante las exigencias espirituales y morales de la vida. En la comunidad cristiana no debe ser así. El apóstol Pablo invita a buscar lo que «fomente la paz y la mutua edificación» (Rm 14,19), tratando de «agradar a su prójimo para el bien, buscando su edificación» (ib. 15,2), sin buscar el propio beneficio «sino el de la mayoría, para que se salven» (1 Co 10,33). Esta corrección y exhortación mutua, con espíritu de humildad y de caridad, debe formar parte de la vida de la comunidad cristiana.

Los discípulos del Señor, unidos a Cristo mediante la Eucaristía, viven en una comunión que los vincula los unos a los otros como miembros de un solo cuerpo. Esto significa que el otro me pertenece, su vida, su salvación, tienen que ver con mi vida y mi salvación. Aquí tocamos un elemento muy profundo de la comunión: nuestra existencia está relacionada con la de los demás, tanto en el bien como en el mal; tanto el pecado como las obras de caridad tienen también una dimensión social. En la Iglesia, cuerpo místico de Cristo, se verifica esta reciprocidad: la comunidad no cesa de hacer penitencia y de invocar perdón por los pecados de sus hijos, pero al mismo tiempo se alegra, y continuamente se llena de júbilo por los testimonios de virtud y de caridad, que

se multiplican. «Que todos los miembros se preocupen los unos de los otros» (1 Co 12,25), afirma san Pablo, porque formamos un solo cuerpo. La caridad para con los hermanos, una de cuyas expresiones es la limosna -una típica práctica cuaresmal junto con la oración y el ayuno-, radica en esta pertenencia común. Todo cristiano puede expresar en la preocupación concreta por los más pobres su participación del único cuerpo que es la Iglesia. La atención a los demás en la reciprocidad es también reconocer el bien que el Señor realiza en ellos y agradecer con ellos los prodigios de gracia que el Dios bueno y todopoderoso sigue realizando en sus hijos. Cuando un cristiano se percata de la acción del Espíritu Santo en el otro, no puede por menos que alegrarse y glorificar al Padre que está en los cielos (cf. Mt 5,16).



(Continúa en página siguiente)

DÍA DE HISPANOAMÉRICA
4 de marzo de 2012



**Comprometidos con América
en la nueva evangelización**

El “Día de Hispanoamérica” es una valiosísima y oportuna cita anual, tradicionalmente incorporada en el calendario de la Iglesia católica en España, desde el año 1959, para actualizar y fortalecer los vínculos de comunión y colaboración con la Iglesia en Hispanoamérica y la solidaridad entre sus pueblos y naciones.

Para orar

LOS OTROS

**Nunca la vida es nuestra, es de otros,
la vida no es de nadie, todos somos,
La vida -pan de sol para los otros,
los otros todos que nosotros somos-
soy otro cuando soy, los actos míos
son más míos si son también de todos,
para que pueda ser he de ser otro,
salir de mí, buscarme entre los otros,
los otros que no son si yo no existo,
los otros que me dan plena existencia,
no soy, no hay yo,
siempre somos nosotros.**

Octavio Paz

RINCÓN LITÚRGICO

Los Salmos en la Liturgia de las Horas

VIDAL RODRÍGUEZ ENCINAS

“En la Liturgia de las Horas, la Iglesia ora sirviéndose en buena medida de aquellos cánticos que, bajo la inspiración del Espíritu Santo, compusieron los autores sagrados en el Antiguo Testamento” (OGLH, 100).

El pueblo judío era un pueblo orante; cuando leemos el Antiguo Testamento nos encontramos con hermosas oraciones en labios de Moisés, de Judit, de Esther, de Daniel... Además, contamos con un libro que recoge una colección de oraciones llamado el libro de los Salmos o Salterio. Los cánticos inspirados, a los que se refiere el texto con el que hemos empezado, son principalmente los Salmos, uno de los elementos destacados en la Liturgia de las Horas.

Los Salmos han sido y son la oración de la Iglesia, desde los tiempos fundacionales hasta el día de hoy. El aprecio de la Iglesia por la oración de los salmos es porque el mismo Jesús oró con ellos. Jesús asumió las costumbres, las tradiciones y convicciones más profundas de su pueblo. La oración justamente pertenece a lo más puro y noble del Judaísmo y la familia de Jesús era una familia piadosa, que observaba puntualmente sus deberes para con el

Señor, según nos cuentan los evangelios; lo que nos permite pensar que es en el seno de ésta donde, ya desde niño, Cristo vivía sumergido en el ambiente de plegaria de su pueblo. En los evangelios encontramos referencias a la participación de Jesús en la oración de la sinagoga, en el templo y en la bendición de las comidas, momentos que comprendían la recitación de los Salmos. El hecho de que Jesús, como judío que era, bebiese y viviese la espiritualidad de los Salmos y también el dato de que sea el libro del Antiguo Testamento más citado en el Nuevo Testamento, permite transportar la letra de estos poemas oracionales a una clave cristiana y orar cristianamente con ellos. En efecto, los Salmos en boca de Cristo adquieren la plenitud de sentido: Él es el orante supremo de los Salmos, el protagonista de las promesas contenidas en ellos, el que resume en su persona los sentimientos que expresan.

La estructura del Oficio Divino se fue configurando alrededor de los Sal-

mos a los que se añadieron antífonas, preces, oraciones. Desde los primeros tiempos de la Iglesia se procuraba rezar los 150 Salmos que comprende el Salterio distribuidos en un espacio de tiempo. Actualmente, exceptuando algunos Salmos, el resto están distribuidos en cuatro semanas, que de manera cíclica se recitan en la Liturgia

de las Horas. Las semanas del Salterio se denominan con los números romanos I, II, III y IV.

La Iglesia fiel a su Maestro ha seguido orando con los Salmos: son la palabra que el mismo Dios nos enseña para que se la dirijamos. Puede que no resulte difícil conectar con alguno de ellos. Pero, contemplados a la luz de Cristo, de su vida, de sus enseñanzas, siguen siendo un manantial de oración para los cristianos; la absoluta confianza en Dios, la alabanza, la súplica, la petición de perdón presentes en tantos Salmos se ajustan a la oración que Jesús nos dejó como modelo: el Padre nuestro.

